

Literatura testimonial en Cuba. Repaso a un «género» tan antiguo como reciente

Ángel Luis Fernández Guerra

Ensayista y editor.

No cabe duda de que el género testimonio ha desbordado con creces los marcos tradicionales dentro de los cuales un Martin Lienhard o un Abdeslam Azougarh han pretendido aherrojarlo. Me parece un poco duro aplicar este último término a esas personalidades, pero no así cuando considero el asombroso explayamiento de este género en las últimas décadas, sus desdoblamientos formales y experiencias creacionales tan disímiles. A la luz de la praxis testimonial en América, y muy particularmente en Cuba, hablar de «un testimonio en puridad» sería como tratar de meter el mar en una piletta. La práctica misma de su escritura (de *sus* escrituras) ha trascendido conceptos iniciales y se ha adentrado en terrenos como el memorialismo, la correspondencia epistolar, el periodismo, la historiografía, la etnosociología, etc. Quizá sea el testimonio o, mejor, la literatura testimonial, un punto colector donde vienen a remansar sus producciones todas estas y otras vías del pensamiento humano cuando deciden, de alguna manera, unificarse o identificarse. ¿O es que acaso no coinciden aquí Ricardo Pozas cuando entrevista a Juan Pérez Jolote e Ignacio Ramonet cuando dialoga con Fidel? *Jolote* es el

testimonio de un tzotzil y *Cien horas con Fidel*, el de un líder revolucionario internacional. Jolote sembró maíz y Fidel cultivó una revolución, pero ambos logran centralizar, respectivamente, un texto testimonial. Y esto gracias a un etnólogo y a un periodista que trabajan, cada quien, con sus métodos propios. De manera que, hasta donde llega mi modesta opinión, prefiero conservar el nombre de *testimonio*, tanto por su alcance como por su tradicional prestigio, mientras propongo como «sinónimo alternativo» el de *literatura testimonial* para incluir así este género en la amplia órbita de las bellas artes, como una extensión del poder de penetración de estas últimas.

En carta fechada el 26 de febrero de 1947, el narrador cubano —de origen español— Lino Novás Calvo le expresaba a su por entonces amigo José Antonio Portuondo:

Este enredo en que yo estoy con la novela tiene, creo yo, más que una significación personal. Descubro varias causas: [...] me falta tradición. Nos falta en Cuba. Motivos de sensibilidad estragada y mediatizada nos han impedido seguir y continuar un patrimonio literario que debió de partir de Las Casas y llegar hasta nuestro roce, sin fusión con lo americano.¹

La última idea —esa de una literatura cubana «sin fusión con lo americano»— es, de suyo, enteramente inaceptable, fruto de una angustia de purismo creacional, casi rayana en lo patológico. Lo que sí me interesa destacar, con una valoración positiva, es la idea de «seguir y continuar un patrimonio literario que debió partir de Las Casas y llegar hasta nuestro roce». Sin más ambages, el autor de *Pedro Blanco el negrero*, de los cuentos de *La luna nona* y de otras excelentes narraciones, proponía, como origen de la narrativa cubana, nada menos que a aquellos cronistas de Indias que llegaron a estas tierras tras las huellas de Colón. Yendo un poco más atrás, el propio «Descubridor» le dictaba a su escribano:

Viernes 12 de octubre [1492]: El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo de Escobedo, escribano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dixo que le diesen por fe y *testimonio* cómo él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha isla [Guanahaní] por el Rey y la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hizieron por escripto. Luego se ayuntó allí mucha gente de la isla.²

Más tarde, los cronistas de la época de la conquista afirmaron, con recursos escriturales de diversa índole, que ellos eran *testigos* de lo que escribían y como tal lo declaraban. Y para enlazar estas aseveraciones con el ejemplo primero, en el que Novás Calvo, casi de hecho, coloca a Las Casas como antecedente de nuestras letras, no queda sino traer a colación algunas líneas del Protector de los Indios en su muy controvertida *Brevísima relación*: «Hablo con verdad por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo»; «Yo vide todas las cosas arriba dichas y muchas otras infinitas»; «Como sabemos los que lo vimos y palpamos con nuestros ojos e manos los ejemplos desto»; «Venimos a serviros de paz y matáissnos; nuestra sangre quede por estas paredes en *testimonio* de nuestra injusta muerte y vuestra crueldad» (respuesta de los indios al injusto tratamiento recibido de los españoles).³

Pienso, con absoluta seriedad, que el lenguaje de los cronistas del siglo XVI se tiende como puente entre lo español y lo propiamente americano. A los peninsulares los seguirían los cronistas indios, mestizos étnicos y culturales que heredaron una tradición lingüística y literaria y fueron llevándola, paso a paso, a lo que luego sería la literatura novohispana. En el continente quedaría una fuerza indígena paralela, nutricia de una literatura contestataria que no murió del todo y se agazapa como oro escondido en las cordilleras y los ríos profundos; por supuesto, ahora casi hablamos de Arguedas.

Otra fue la historia de Cuba. Siglos oscuros, de escasísima cultura, siguieron a la primitiva colonia. El

XVIII fue espacio de un renacer civilizacional y cultural que, de repente, desembocó con fuerza arremetedoramente en el XIX esclavista y de ascenso criollo. Cuando nuestra cultura insular abandonaba su modorra de siglos y el poeta cubano José María Heredia crecía en edad y genio literario, surgió la primera obra —que conocemos— de factura testimonial escrita en Cuba; nos referimos a las *Memorias de las revoluciones de Venezuela*, a esa «dramática experiencia de un “español liberal de América”, cuyo genuino espíritu justiciero debió enfrentarse a sanguinarios caudillos militares hispanos [...] que lucharon con las peores armas en el intento de retrasar el derrumbe inminente del dominio colonial», como ha explicado Ángel Augier, quien prosigue: «Las escribió en La Habana, donde, enfermo moral y físicamente, retrasó su salida a su nuevo destino judicial en México».⁴ El memorialista en cuestión es nada menos que el padre del poeta José María Heredia: Don José Francisco Heredia Mieses, quien vivió en Venezuela entre 1812 y 1817 como Regente de la Audiencia de Caracas. Las redactó entre 1818 y 1819 y vieron al fin la luz en 1893.⁵

Casi cinco siglos hubieron de esperar los «primeros testimonios hispanos de América» para verse oficialmente incluidos en un género literario que solo en 1970 adquiriría denominación y categoría institucional como Premio, en el concurso de Casa de las Américas. Tres siglos mediaban entre aquellos primeros monumentos y las *Memorias* venezolanas, escritas en Cuba por el padre del poeta y conspirador Heredia. Desde esa fecha podemos rastrear, en los archivos literarios cubanos, vestigios de esta modalidad que, a partir de la Revolución de 1959, adquiriría un auge y un reconocimiento extraordinarios. Pero volvamos atrás en el tiempo.

En 1831 aparecían publicadas —en francés— las memorias cubanas de la Condesa de Merlin. Radicada en París con un título nobiliario de origen napoleónico, la cubanita escribió en esa capital europea las deliciosas páginas en que rememora su niñez en la Isla. Dichas reminiscencias, recogidas en *Mis doce primeros años*, se vieron seguidas de *Viaje a La Habana*⁶ (en tres volúmenes), ejemplo temprano de *travel literature* en que la Condesa atesora lo que vivió y lo que pudo haber vivido, pero con esa gracia *salonnarde* que la acompañara de por vida. Su profunda fijación con el tema de «la Isla» (Cuba, su patria originaria) le confiere a la Merlin esa aura romántica gracias a la cual, ya desde Bernardin de Saint-Pierre, llegaba a Europa la luz y la sensualidad de las lejanas islas tropicales.

De esta cuarta década decimonónica data también la *Autobiografía*⁷ del poeta esclavo (luego manumitido) Juan Francisco Manzano. Redactados a pedido de Domingo del Monte, estos recuerdos autobiográficos

describen la triste niñez del esclavo y sus años de sumisión en la casa señorial. De Manzano, dice el profesor marroquí Abdeslam Azougarh: «No escribe su autobiografía para ajustar cuentas con su pasado o para encontrarle un sentido a su existencia, sino que escapa a las reglas del género autobiográfico escribiendo su vida para poder, al fin, vivirla».⁸ Paradójicamente, una vez manumitido, Manzano perdió sus dotes de poeta y no volvió a escribir. Al parecer, fue el único esclavo que escribió un texto autobiográfico en la América hispana.

De estos años data, asimismo, *Excursión a Vueltabajo*,⁹ que nos legara el autor de *Cecilia Valdés*, también en la línea de la *travel literature*. No por incluir algunos relatos «nada personales», la «excursión» que hace Cirilo Villaverde a sus tierras de origen, en la provincia pinareña, deja de poseer un valor testimonial muy del estilo de un autor amante del costumbrismo, quien, de paso, rescató en esas mismas tierras nada menos que el diario de un famoso rancheador de esclavos: el tenebroso Francisco Estévez. Villaverde aprovechó datos de este diario, así como de *Excursión a Vueltabajo*, para la tercera parte de su *Cecilia Valdés. Diario del rancheador*,¹⁰ dictado por Estévez a su hija, solo vio la luz —a pesar de los intentos publicísticos de Villaverde— en 1982, en plena Revolución cubana, y fue precedido de una necesaria e inteligente «Introducción» de Roberto Friol.

No pensamos que la llamada literatura costumbrista deba adscribirse, por derecho propio, al género testimonio. Inspirada en la observación de las costumbres populares, las más de las veces esta modalidad no pasa de ser una «recreación» de lo pulsado en la vida popular cubana de la época, llevada al papel con fuertes visos autorales de carácter «genérico» y no precisamente particular. Si se prefiere, puede comparársela con la pintura costumbrista, que recreaba escenas de la vida cotidiana, pero no las «fotografiaba». De las páginas costumbristas, cuando saben serlo, salta un efecto de verosimilitud que puede confundirse con lo testimonial directo; pero solo se trata de un hecho creacional y no de una toma directa de la realidad. Estamos entonces ante una recreación *tipológica* de escenas a partir de realidades observadas; o, si se quiere, una mera síntesis de escenas vividas o de relatos escuchados y llevados, quiérase que no, a la fragua tipológica. Sin embargo, en tanto lectores, a veces quedamos impresionados por el palpito directamente vivencial con que se plasman algunos trozos costumbristas, y pensamos entonces que, sin duda, están tomados como si fueran fotografías de «escenas vivas» que el escritor presenció y trasladó tal cual al papel como quien revela una foto. Es el caso de «Las tortillas de San Rafael» y de «Los negros curros», de José Victoriano

Betancourt. En resumen, una modalidad narrativa de difícil ubicación dentro de un estricto sentido testimonial.

Antes de arribar a las guerras por la independencia, período de alta condensación testimonial, podemos revisar, de pasada, algunas otras obras perfectamente incluíbles en lo que hoy ya conocemos y aceptamos como *testimonio*. En primer lugar, los diarios de rancheadores —como el antes aludido de Francisco Estévez—, algunos de los cuales, pese a su carácter de «literatura de noria», pasan la prueba de fuego de la monotonía. Me refiero concretamente a los de José Pérez Sánchez, en Pinar del Río, y José Rafael Parrado, en Puerto Príncipe, este último casi un ejemplo del género policial de su época.¹¹ Pensemos también en la *Autobiografía* de Gertrudis Gómez de Avellaneda (de 1839, aunque publicada en 1914); páginas de apasionado romanticismo que adquieren la categoría de un testimonio íntimo, como en el siglo siguiente sucedería con Dulce María Loynaz. Pensemos asimismo en el, por otras razones, famoso Anselmo Suárez y Romero (autor de la novela *Francisco*), quien dejó páginas personalísimas en *Mi vida de preceptor* y en el Prólogo a *Obras* de Ramón de Palma.¹²

Y, casi como colofón de este período, no podemos dejar de mencionar «Vida de José Antonio Saco. Escrita por él mismo en los primeros meses del año 1878», texto igualmente de línea testimonial, aparecido en *Revista Cubana*, 1894. Y digo «casi» porque no desearía pasar por alto el *Diario* llevado por el primo de Félix Varela, Buenaventura Morales, durante el viaje de ambos a las Cortes de España (18 de abril-7 de junio de 1824); páginas que, aunque irrevocablemente perdidas, evocaron a uno de nuestros hombres mayores del XIX.

Entonces llegó la guerra y, con ella, esa literatura testimonial que, gracias a Ramón Roa y a Ambrosio Fornet, conocemos bajo el rubro de «literatura de campaña». El ilustre prosista de las luchas por la independencia —abuelo de Raúl Roa— utilizó el término, con todo el poder corrosivo de su ironía, para poner en solfa la baba periodística con que los españoles celebraron «su victoria» sobre una tropa venezolana llegada a Cuba en ayuda de los mambises. El término «literatura de campaña» fue retomado seriamente por Fornet para bautizar cuanto de bueno se escribió entonces —por y sobre nuestros mambises— como testimonio patriótico de aquellas contiendas.¹³

No es momento para extendernos sobre este tema, si pensamos, con la debida consideración, en el libro de Diana Iznaga, *Presencia del testimonio en la literatura sobre las guerras por la independencia nacional (1868-1898)*,¹⁴ cuyas páginas contienen un amplio y sustanciado estudio de la literatura que motivaron nuestras gestas libertarias. Solo mencionaremos, entre otros, *El presidio político en*

Cuba,¹⁵ de José Martí: de breve extensión, pero la necesaria para que el gran cubano, apenas un adolescente, dejara constancia de las atrocidades a que eran sometidos quienes se pronunciaban contra el dominio español en Cuba colonial. *Desde Yara hasta el Zanjón*,¹⁶ de Enrique Collazo, para cuya edición de 1990 escribió Julio Le Riverend:

Es lógico que Collazo, como otros patriotas, contara la historia revolucionaria aprovechando sus experiencias personales [...] el testimonio de los actores tiene una superior fuerza y riqueza: aun cuando ellos hagan al mismo tiempo una especie de historia de su acción y de su pensamiento propios, este como subjetivismo puede ser para los científicos y los lectores del futuro un elemento fundamental en la reconstrucción crítica del pasado.¹⁷

Dejó además Collazo una *Autobiografía* que, por lo que sabemos, aún permanece inédita. La Guerra de los Diez Años (1868-1878) nos dejó, por otra parte, *La revolución de Yara*,¹⁸ de Fernando Figueredo, y esas jocosas y a la vez dramáticas escenas que nos legara el ya mencionado Ramón Roa: «A pie y descalzo» y «Montado y calzado», recogidas en el tomo *Con la pluma y el machete*,¹⁹ de la colección Literatura de Campaña. Habría que añadir a estos textos mambises del 68, las remembranzas de James O'Kelly, el irlandés que tan corajudamente se desempeñó en nuestras gestas guerreras por la independencia: a él le debemos el título *La tierra del mambí*.²⁰ Y de la Guerra de Independencia (1895-1898) nos llegan *Mi diario de la guerra* (en dos tomos), de Bernabé Boza; *Crónicas de la guerra*, de José Miró Argenter; *Diario de campaña de un catalán mambí*, memorias que dejara José Oller Aragay; y *Con el rifle al hombro*, pasajes del mambí Horacio Ferrer, quien continúa sus recuerdos con los trajines antimachadistas y, luego, el encontronazo con los militares de Batista desde el Hotel Nacional.²¹ Mención especial merecen los diarios de guerra, como los llevados por próceres de la talla de Carlos Manuel de Céspedes, Máximo Gómez y José Martí. De este último contamos con esas joyas que son *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano* y el de *Cabo Haitiano a Dos Ríos*.²² Nunca los escribió para que fueran publicados: «En este diario —dice Ezequiel Martínez Estrada— está el modo de ser de Martí, más que su modo de escribir, aunque el estilo sea de la calidad más conspicua y genuina».²³

En este rápido vistazo a la literatura de campaña del XIX, mencionaremos los hermosos relatos de Máximo Gómez, «El viejo Eduá (o mi último asistente)», «Notas autobiográficas», «La odisea del general José Maceo» y «Mi escolta», este último relativo a la guerra final de independencia.²⁴

Los nobles relatos que con el título *Episodios de la revolución cubana*²⁵ nos legara Manuel de la Cruz no tienen la pureza testimonial consustancial a los evocados en el

párrafo anterior. De la Cruz es un excelente narrador y artista, todo un literato; sin embargo, redactó sus *Episodios...* sobre auténticos datos de actores y abonadísimos testigos, junto con las noticias de la tradición oral. Un hombre que plasmó, con todo corazón y entrega, instantes de una guerra libertaria nacional en la que él, por motivos de su delicada salud, no pudo participar con las armas en la mano. Personalidad que contrasta con la de José Isabel Herrera, el jovencísimo soldado del Ejército Libertador que se echó a la manigua con catorce años. Apodado «Mangoché», ingresó en el Ejército el 15 de septiembre de 1896 y permaneció en sus filas hasta el 24 de agosto de 1898. Toda la guerra la libró en el regimiento Calixto García, fundado por el coronel Aurelio Collazo, cuerpo que operaba en la provincia habanera. Le dictó sus memorias a una sobrina suya; páginas que conocieron una primera edición en 1949, en modesto formato. En 2005, estas *Impresiones de la Guerra de Independencia*²⁶ reaparecieron con nota del editor Luis M. de las Traviesas y prólogo de Francisco Pérez Guzmán, quien se encargó de los estudios para esta edición crítica.

Raimundo Cabrera completa el siglo XIX cubano con una narración de acentuados valores testimoniales. Nos referimos a *Mis buenos tiempos (Memorias de un estudiante)*,²⁷ publicado en 1891, cuyo autor, de sostenida inclinación testimonial, relata peripecias vividas en sus años mozos. Cabrera, sin llegar a fascinar, fue un atendible prosista que, casi al final de su existencia, nos legó otro relato de temática personal: *Mis malos tiempos* (1920).

Ya en pleno siglo XX, pero en el provincial marco decimonónico de Matanzas, escribe Dolores María de Ximeno y Cruz unas prolijas memorias que luego Fernando Ortiz, editor de fino olfato, se encargará de publicar en dos tomos con el título de *Aquellos tiempos (1928-1930)*. En 1983, una vez suprimidas las páginas que no constituían un legítimo testimonio personal, Ambrosio Fonet apadrinó la edición de este libro, prologándolo y dándolo a la luz bajo el título *Memorias de Lola María*.²⁸ En su muy certero prólogo a esta obra, escribe Fonet:

El testimonio comparte con la novela esta virtud [un género básicamente impuro, con un alto grado de contaminación ambiental], pero contrayéndola a los límites de la propia experiencia [...] Las obras más profundas y ambiciosas del género, de las que solemos decir hiperbólicamente que son el testimonio de una época, no dejan de ser por eso el testimonio de una clase o de los conflictos inherentes a la lucha de clases.²⁹

Lo dicho arriba le viene de perillas a otro texto escrito un poco antes, también de entraña testimonial, y que prelude los años por venir. Se trata de las memorias del Carlos Loveira anarco-sindicalista: *De los 26 a los 35: lecciones de la experiencia en la lucha obrera, 1908-1917*.³⁰

Sus experiencias en la lucha obrera y sus trajines de orientación laboral lo llevan de Cuba al «paraíso» yucateco, en un febril marco de anarquismo típico del momento, que para nada presagia al futuro Loveira, ya cómodamente instalado como escritor y novelista de éxito. Es aquel un libro clasista en que el joven obrero plasma su visión política del mundo.

Y ahora entramos en otro período de literatura testimonial, el correspondiente, en Cuba, al despertar proletario, anticolonialista y de solidaridad con la República española, durante la Guerra civil (1936-1939). Es un espacio bien estudiado por Ana Cairo, particularmente en *La Revolución del 30 en la narrativa y el testimonio cubanos*.³¹ Remitimos a su lectura para lo concerniente a este período de la literatura testimonial, sin por ello dejar de recordar aquí que estos autores

parten del testimonio como una forma de la conciencia histórica, y consiguen aportes sustanciales en la renovación artística del [hoy llamado] género testimonio, sin que sea un propósito expreso. Sin lugar a dudas, Pablo de la Torre y Raúl Roa son las figuras cimeras, porque ambos logran fusionar la pasión revolucionaria con el dominio de un oficio narrativo.³²

Recordemos particularmente, de Pablo, *Presidio Modelo y Realengo 18*, junto a sus *Cartas y crónicas de España*.³³ En su Prólogo a *Presidio...*, escribe:

Este libro es un libro de acusación, de denuncia. Es un libro duro, áspero, de páginas crueles muchas veces, de narraciones inverosímiles casi, de evocaciones estremecidas. La palabra ruda del presidiario, procaz, desnuda, insolente, con frecuencia salta en sus páginas, como un insulto, como un recuerdo de la bajeza a que se encuentra sometido [...] Por eso no es un libro para señoritas irreales ni para hipócritas de sacristía. En este libro aparecen parte de mis recuerdos del Presidio y parte de las narraciones que escuché a los presos [...] Algunas cosas más tarde, cuando obtuve documentos.³⁴

Sin espacio para recordar a Pablo tanto como quisiéramos y debiéramos, mencionemos, de Roa, «Presidio Modelo», «Una semilla en un surco de fuego» y *La Revolución del 30 se fue a bolina*.³⁵ También las *Crónicas de España*, escritas por Alejo Carpentier en una prosa de periodismo vivaz y reporteril desenfado; y sus vibrantes páginas de «España bajo las bombas» que, como en el caso de Pablo de la Torre y Brau, refieren un país en guerra civil dentro del cual el lector, llevado de la mano por el escritor, puede caminar campos y ciudades, a punto de buscar un refugio para no ser alcanzado por la metralla enemiga.

Para cerrar un poco este período, traigamos la controversial figura de Emilio Laurent, hijo de mambí, oficial de carrera, conspirador antimachadista, preso político, fundador del Partido Auténtico, combatiente internacionalista, etc., quien en su único libro, *De oficial a revolucionario*, pretende

señalar las transmutaciones públicas y personales en que he sido testigo, actor o sujeto, y que quisiera describir en este libro, seguro de encontrar eco en muchos jóvenes de mi carrera en América [...] He tomado mi vida para fundamento de este libro, no tan solo porque es lo que más perfectamente conozco —y aparte de que, francamente, no me creo capaz de escribir sobre hechos o personajes imaginados, sino también porque deseo liquidar la etapa pasada de mi existencia y consignar mis recuerdos de una época, durante la cual he tomado parte activa en hechos que constarán en la historia de Cuba.³⁶

En este texto, destaca la participación del autor en la expedición sobre Gibara.

A modo de conclusión de la etapa testimonial prerrevolucionaria, detengámonos de momento en dos textos autobiográficos: *Mi casa en la tierra*, de Loló de la Torre, y *Un verano en Tenerife*, de Dulce María Loynaz.³⁷ El primero cuenta con una reedición aumentada (*Testimonio desde dentro*, 1985) y recoge las vivencias privadas y políticas de su autora en Cuba y México, país este último donde residió largos años y que marcó su vida en forma imborrable. En tanto que *Un verano en Tenerife* aparece más bien como una pieza de *travel literature*, de intensas calidades poéticas, delicadísimo documento de una luna de miel en Canarias que la autora perpetuó en un tenue encaje de prosa insuperable y que no por su acendrado y fino lirismo deja de poseer cargas vivenciales poderosas, o tanto más por ello mismo.

Obras de esos momentos, como las crónicas periodísticas de Waldo Medina y las de Onelio Jorge Cardoso —compendiadas estas últimas en el tomo *Gente de pueblo*—,³⁸ si bien anteriores a la Revolución, aparecen recogidas, la primera en 1978 bajo el título *Cosas de ayer que sirven para hoy*,³⁹ la segunda, en nueva edición (1980), que calza la posterior empresa de Onelio, escrita ya en plena Revolución: *Gente de un nuevo pueblo*.⁴⁰ La excelente autobiografía de Marcelo Pogolotti, *Del barro y las voces*, si bien publicada en 1968, podemos inscribirla en este período; lo mismo ocurre con las memorias en que Dulce María Loynaz evoca su vida al lado de Pablo Álvarez de Cañas (*Fe de vida*).⁴¹

Entonces vino la Revolución y, con ella, el auge del testimonio. Pero, como decíamos, el género no se consolida y cobra nombre, como tal, sino en 1970, cuando Casa de las Américas instituye un premio bajo ese rubro. Previamente, sin embargo, había tenido lugar, particularmente en la capital, un movimiento de consideraciones estético-literarias en torno a lo que finalmente fraguó con el nombre de novela-testimonio. En 1970, Miguel Barnet leía en los salones de la Unión de Escritores una ponencia sobre sus experiencias en la escritura literario-testimonial; texto que, luego ampliado en un estudio que se publicó bajo el título de «La novela testimonio: socio-literatura»,⁴² recogía las premisas

teóricas de sus experiencias como etnógrafo y creador literario (en 1966 la Academia de Ciencias había publicado su *Biografía de un cimarrón*, resultado de sus entrevistas con el ex esclavo y cimarrón Esteban Montejo). En la «Introducción» a esta obra decía Barnet: «Sabemos que poner a hablar a un informante es, en cierta medida, hacer literatura. Pero no intentamos nosotros crear un documento literario, una novela».⁴³

La trayectoria y obra de Barnet han sido suficientemente tratadas como para que no las retomemos aquí. Pensamos, sí, que debemos retrotraernos al año 1965 y señalar, para esos momentos, la publicación en Cuba, por la editorial Venceremos, de *Se llamaba S. N.*, del venezolano José Vicente Abreu, la cual se publicó con el subtítulo (en portada) de *novela-testimonio*. Narra Abreu en esas páginas sus vivencias como preso político durante la dictadura de Pérez Jiménez. A todas luces, por la redacción —cambios de un personaje protagonista de primera a tercera persona, abundantes notas al pie, etc.—, se trata de vivencias personales del autor, creativamente extendidas sobre un relato de corte novelístico.

Pero el testimonio en sí, podemos afirmar, comienza su órbita de ascenso en Cuba a partir de 1959, Año de la Liberación. Para situar un solo ejemplo, pongamos el de Faure Chomón, quien en marzo de ese año publica en la revista *Bohemia* tres artículos sobre el ataque al Palacio Presidencial; y en marzo de 1960, «Fundamentos tácticos del asalto a Palacio». Mientras que «Asalto a Radio Reloj», también de marzo del 59, se debe a Julio García Oliveras. Después siguieron otros en 1963: «Dentro de Palacio», de Luis Goicochea y «Rescate del camión Daytona», de Domingo Portela. Estos y otros relatos aparecerán recogidos en el libro *El asalto al Palacio Presidencial*.⁴⁴ Otras muestras de vivencias de la lucha contra la dictadura también las tenemos ya desde los primeros días de 1959, con las entrevistas de *Bohemia* a Eliseo Reyes (Capitán San Luis) y a su compañero Félix Gómez. Pero es en 1963 cuando aparece un trabajo del género que podríamos calificar de señero. Me refiero a *Pasajes de la guerra revolucionaria*, de Ernesto Che Guevara, quien desde el prólogo comienza diciendo:

Desde hace tiempo estábamos pensando en cómo hacer una historia de nuestra Revolución que englobara todos sus múltiples aspectos y facetas; muchas veces los jefes de la misma manifestaron —privada o públicamente— sus deseos de hacer esta historia, pero los trabajos son múltiples, van pasando los años y el recuerdo de la lucha insurreccional se va disolviendo en el pasado sin que se fijen claramente los hechos que ya pertenecen, incluso, a la historia de América.⁴⁵

Y termina con un párrafo de lucidez y maestría martianas:

Muchos sobrevivientes quedan de esta acción y cada uno de ellos está invitado a dejar también constancia de sus

recuerdos para incorporarlos y completar mejor la historia. Solo pedimos que sea estrictamente veraz el narrador, que nunca para aclarar una posición personal o magnificarla o para simular haber estado en algún lugar, diga algo incorrecto. Pedimos que, después de escribir algunas cuartillas en la forma en que cada uno lo pueda, según su educación y disposición, se haga una autocrítica lo más seria posible para quitar de allí toda palabra que no se refiera a un hecho estrictamente cierto, o en cuya certeza no tenga el autor una plena confianza. Por otra parte, con ese ánimo empezamos nuestros recuerdos.⁴⁶

Estas palabras han presidido, o deberían presidir, todo intento testimonial posterior. Con ellas comienza, en pureza, el desarrollo del género en la Revolución, si bien todavía no ha frugado el término «testimonio» dentro del mundo de las letras cubanas.

De 1968 data *El libro de los 12*, de Carlos Franqui.⁴⁷ El autor recoge experiencias de personalidades de la gesta revolucionaria narradas por ellos mismos. Algunas son muy directas, registradas mediante grabación, como «Cuatro comandantes del Granma», nada menos que Juan Almeida, José Ponce, Efigenio Ameijeiras y Universo Sánchez, en animado intercambio de recuerdos; o el diálogo entre Celia Sánchez y Haydeé Santamaría. De ese mismo año es el *Diario del Che en Bolivia*, quien, como sabemos, murió asesinado en las quebradas bolivianas el 9 de octubre de 1967.

En 1968 alcanzó mención, bajo el rubro Ensayo del certamen Casa de las Américas, *Manuela la mexicana*, de Aida García Alonso.⁴⁸ El jurado decidió premiar esta obra etnotestimonial y, al no contar con la denominación correspondiente, encontró la salida del ensayo. A pesar de las repeticiones, que le dan a su lectura cierta monotonía, el discurso de Manuela resulta, en general, atractivo y conmovedor. La muerte del chivito Pito, a los pocos días del ciclón del 44, constituye una página muy tierna que hace recordar a *Platero y yo*.

A estas alturas, la carga testimonial dentro de la literatura cubana del momento hace pensar en una solución, y así, ya para la edición de 1970 del concurso Casa se abre el espacio Testimonio, tras deliberaciones que procedían del año anterior. Y, por supuesto, no solo dentro de las letras cubanas presionaba esta necesidad, sino que la propia literatura latinoamericana, en líneas generales, venía ya reclamando una denominación para obras de ese corte en la narrativa del continente. Baste decir que en ese año el jurado del premio Testimonio lo constituyeron el mexicano Ricardo Pozas, autor de *Juan Pérez Jolote*, el cubano Raúl Roa, y el argentino Rodolfo Walsh, autor de *Operación Masacre*. En respuesta a la invitación que le hiciera Manuel Galich, Walsh respondía: «creo un gran acierto [...] haber incorporado el género testimonio al concurso anual. Es la primera legitimación de un medio de gran eficacia para la comunicación popular».⁴⁹ En ese año alcanzaron

Hablar de «un testimonio en puridad» sería como tratar de meter el mar en una piletta. La práctica misma de su escritura (de sus escrituras) ha trascendido conceptos iniciales y se ha adentrado en terrenos como el memorialismo, la correspondencia epistolar, el periodismo, la historiografía, la etnosociología, etcétera.

mención dentro del género dos obras de autores cubanos: Jorge Calderón con su trabajo etnográfico *Amparo: millo y azucena* y Víctor Casaus con *Girón en la memoria*, excelente recopilación de testimonios de combatientes en esa gesta, dentro de un *tempo* poético muy eficaz.⁵⁰

A partir de 1970, se produce una verdadera eclosión del género, tras una década de consolidación previa. Hay que señalar, asimismo, amén de los antecedentes arriba apuntados, el auge dentro de la historiografía de la corriente conocida como «historia de la gente sin historia», bajo el impulso del intelectual Juan Pérez de la Riva. Esta corriente historiográfica abogaba por el estudio y descripción de la cotidianidad, por la importancia de las «pequeñas vidas» y su devenir dentro del flujo de la «gran historia», de los hechos mayores. Esta línea de pensamiento engrana muy orgánicamente con la concepción profundamente humanista del socialismo.

En 1960, se publican las memorias de Francisco García Moreira: *Tiempo muerto. Memorias de un trabajador azucarero*; en 1970, Julián Sánchez cuenta su vida, recogida por el historiador Erasmo Dumpierre; y, en 1971, *Lengua de Pájaro*, de Nancy Morejón y Carmen Gonce, sobre esta comarca minera de la región oriental.⁵¹ El impulso concedido en la Revolución a la economía azucarera nos trae, en 1973, de la pluma de Roberto Branly, MINAZ-608. *Coloquios en el despegue*, sobre la gran zafra de 1970, trabajo muy dentro de la «historia oral» en el central Cristino Naranjo.⁵² La vida azucarera seguirá conociendo importantes textos testimoniales, como *La fiesta de los tiburones* (1978), de Reynaldo González,⁵³ a propósito de la política en la República, a través de la voz de obreros de este renglón agroindustrial en la zona de Ciego de Ávila. Reúne relatos de gran sabor popular, como el de Felipe:

En Cuba los políticos se pasaron la vida hablando de la Constitución. Usted la leía y le parecía casi tan buena como la oración de San Francisco, capaz de amansar hasta a una puerca llena de niguas. El papel lo aguantaba todo.⁵⁴

La historia de este sector ocupa otros importantes cometidos, como el de Ana Núñez Machín con su *Memoria amarga del azúcar* (1981); y el de Gaspar J. García Galló sobre el gran líder azucarero Jesús Menéndez: *General de las cañas* (1983).⁵⁵

Habíamos repasado ya algunos trabajos testimoniales de carácter antropológico como *Biografía de un cimarrón*, *Manuela la mexicana* y *Amparo: millo y azucena*, libros que cuentan con un sólido antecedente en esta línea etnoliteraria: en la obra de Calixta Guiteras, la cubana que en su quehacer antropológico en tierra mexicana publicara, en 1961, *Perils of the Soul. The Worldview of a Tzotzil Indian (Los peligros del alma)*.⁵⁶ Calixta dedicó este libro a la memoria de su profesor, el antropólogo norteamericano Robert Redfield, y fue asimismo discípula del científico mexicano Ricardo Pozas, autor del ya citado *Juan Pérez Jolote*, libro testimonial también sobre la visión del mundo de un tzotzil. Pozas tuvo gran influencia en la formación de los etnólogos cubanos surgidos con la Revolución y en las obras por ellos escritas. Testimonios posteriores publicados en Cuba muestran fuerte influencia de su avatar etnológico o sociológico; entre ellos *Conversación con el último norteamericano*, de Enrique Cirules, historia de vida contada por uno de los últimos sobrevivientes de La Gloria City, en Camagüey —que ha recibido críticas por un excesivo trabajo de remodelación sobre el presunto original—; *La abuela*, de Antonio Núñez Jiménez; *Historias secretas de mujeres públicas*, de Tomás Fernández Robaina; *Raíz familiar*, de Ana Vera; *Reyita, sencillamente*, de Daisy Rubiera Castillo; *Testimonio de un jockey*, de Isidoro Díaz Vidal; *Panchito, cacique de montaña (Testimonio guajiro-taíno de Francisco Ramírez Rojas)*, de José Barreiro, especialista en el legado indígena del Caribe; y *Shamisén*, vida de japoneses en la Isla de la Juventud, de Benita Eiko Sha Sashida.⁵⁷

Una vez inmersos en el fichero de los testimonios publicados, no resulta muy viable su clasificación por temas, por métodos de trabajo aplicados, por áreas sociales estudiadas, etc. Aparte la no muy amplia bibliografía de tópicos etnológicos, llama la atención (aunque, de otro lado, resulta natural en una sociedad como la nuestra) la abundancia de temas políticos relacionados con la Revolución, que, de suyo, reclaman un espacio propio. Relacionados posiblemente con lo que podríamos llamar «el área obrera», además de los mencionados, son de citar: *Los fundidores relatan su historia*, de Andrés D. García Suárez; *Memorias de un pescador*, de Francisco García Alfonso, libro de extraordinaria amenidad con un anecdotario realmente notable; y *El*

camino de un hombre, de Mario Martín Manduca, sobre la vida de un obrero cubano que se enfrentó a la invasión yanqui a Granada en 1983 y quedó seriamente invalidado.⁵⁸ Como memorias de servicios médicos, aparte del bonito relato para jóvenes de Julio Martínez Páez *Un médico en la Sierra*, contamos con *En el hocico del caimán. Recuerdos del Servicio Médico Rural*, de Alipio Rodríguez Rivera, cuyo desarrollo se centra en la alejada zona baracoense del oriente cubano.⁵⁹

El tema de la mujer, «miembro marcado» en la historia de la sociedad, abarca otro sector de la testimonialidad. Por supuesto, están los ya mencionados relatos *Manuela la mexicana*, *Amparo...*, *La abuela y Reyita*, pero, en puridad, bajo otro concepto, estos caben más bien en el acápite de narraciones etnológicas. De la «mexicana» Laurette Séjourné, en colaboración con Tatiana Coll, tenemos *La mujer cubana en el quehacer de la historia*,⁶⁰ donde se aborda, entre otros, el viejo tema de la prostitución, retomado por Fernández Robaina en *Historias secretas...*, y por Dulcila Cañizares en *San Isidro, 1910. Alberto Yarini y su época*,⁶¹ *opus* en que el rol protagónico lo ocupa el mítico gigoló rodeado de sus legendarias prostitutas. Pero el primer testimonio en la Revolución que recoge las vivencias de una mujer se lo debemos a Renée Méndez Capote. En *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*,⁶² la autora plasma ese espacio que algunos han llamado «el alma femenina», dentro de la clase social pudiente. Filólogos como Abdeslam Azougarh le niegan a esta última obra el carácter de testimonio. Sea como fuere, la autobiografía de Méndez Capote continúa la línea que, desde la Condesa de Merlin, llega hasta la Loynaz, pasando por nuestra Tula, por Lola María y por Loló.

Tal vez la falta de un amplio trabajo testimonial acerca de la mujer y su mundo de intereses en la Revolución se deba: 1) a su normal incorporación a tareas que antaño solo competían a los hombres; 2) al «aliviadero» que representa el dejar los problemas tradicionales de la llamada condición femenina al pasado pre-revolucionario o a sus secuelas dentro de la Revolución, y 3) al pudor político de sacar a flote problemáticas que, oficialmente, se dan por superadas. Del año 2003 nos llega, acompañado de testimonio gráfico, el título *Siete mujeres y la Revolución cubana*,⁶³ de las profesoras extranjeras Marjorie Moore y Adrienne Hunter: entrevistas a mujeres de la fenecida burguesía cubana que permanecieron en su país tras el triunfo de 1959, lo cual no deja de contrastar con la anterior propensión, dentro de este género, de entrevistar a personas provenientes de las clases más humildes. La millonaria Laura Gómez Tarafa, la teatrística Celia (Cuqui) Ponce de León, y la combatiente revolucionaria y etnóloga Natalia Bolívar, se encuentran entre las testimoniantes.

De la escritora norteamericana Margaret Randall, quien vivió largos años en Cuba, contamos con su temprano trabajo *La mujer cubana ahora*, editado en 1972, quizá la primera obra en considerar la condición de la mujer en la actualidad revolucionaria cubana.

La condición del campesinado pobre, amén de estar recogida en otros trabajos arriba mencionados, alcanza un fiel reflejo en *Protagonistas del Realengo* y *Testimonios de la ciénaga*.⁶⁴ La primera, escrita por Guillermo Cabrera, nos presenta a su autor tras las huellas de Pablo de la Torriente en su visita al Realengo. El campesino Siré relata:

Todo lo que [Pablo] cuenta, lo de la mujer con escarpines, la madre-niña, lo del estribo en casa de Juan Ramos, todo es así, calcado de la realidad. *Uno no le prestaba atención a nada de eso, lo miraba sin importancia, pero después lo vi todo escrito y me parece estar cabalgando con él.*⁶⁵

En la segunda, Pedro Otaño, Francisco el hachero y Chicha, de Playa La Máquina, son los testimoniantes que informan a Ángel Antonio Morales para su indagación sobre la Ciénaga de Zapata. Otaño le dice:

Míre, esto es muy largo de contar, la vida que yo he vivido es muy larga. Si quisiera contarla punto por punto [...] serían varios días y noches de conversación, nada más que parando para tomar agua y comer algo.⁶⁶

En *4 historias de pueblo*,⁶⁷ Rolando Pérez Betancourt recoge, en tono de reportaje, escenas escalofriantes de sufrimiento popular en el barrio Las Yaguas, el sanatorio para tuberculosos de La Esperanza, ¡en huelga de hambre!..., para concluir con la narración de cuatro sobrevivientes de la matanza de El Caletón, durante la batalla de Playa Girón. En tanto, Antonio Núñez Jiménez estructura *El pueblo cuenta su historia*⁶⁸ con anécdotas de campesinos entrevistados en la zona pinareña de Guajaibón.

Enrique Cirules nos entrega, en 1993, *El imperio de La Habana* (premio Testimonio Casa de las Américas). La narración la ocupan las actividades de la mafia norteamericana en la Cuba neocolonial, y su característica principal es mostrarse como un «relato de autor», pero construido sobre la base de testimonios de informantes, relacionados al final del libro. Cirules es un caso nada clásico en este género, al cual ha dedicado buena parte de su producción. Para el suizo Martin Lienhard estos y otros «testimonios» quedarían descalificados como tales, si bien otros intelectuales y autores testimoniales no piensan lo mismo.

Otro importante cultor del género es Aurelio Francos Lauredo, quien se halla al frente de la colección Las voces de la memoria, basada en la recopilación memorialista de historias de españoles asentados en Cuba. Para estas líneas nos hemos centrado en la lectura de *La memoria compartida. Asturianos en Cuba. Testimonios orales: del Viejo al Nuevo Mundo, de inicios a fines de siglo* y

Las voces de la memoria. Madrileños en Cuba, que reúne relatos de informantes matritenses, entre ellos la *vedette* Rosita Fornés.⁶⁹ Con *Carta de Chamada*,⁷⁰ Francos Lauredo muda su interés hacia el área lusitana, gracias a la narración de la inmigrante María Candida dos Santos, la última portuguesa radicada en Cuba.

Títulos de interés resultan también *Pablo: la infancia, los recuerdos*, en el que Zoe y Ruth de la Torriente Brau acumulan sus remembranzas de su hermano; *El reino del abuelo*, recuerdos de infancia de Josefina (Fefé) Diego, hija del poeta Eliseo Diego, de los tiempos en que la familia vivía en la casa-quinta de Arroyo Naranjo; *¡De película!*, de Iván Colás, delicioso relato que hace recordar la novela brasileña *Niño de ingenio*; el curioso *Libro de los sueños*, en el que Soleida Ríos recopila sus propios sueños y los de informantes que le cuentan sus incursiones oníricas (¿testimonios de cepa freudiana?).⁷¹ Y para finalizar este apartado quisiera hacer mención de Ana Vera, investigadora del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello y autora, junto con Flavio González Mariño, de *Voces de La Habana Vieja*,⁷² corpus de documentos de base oral (aún inédito) sobre la vida familiar y social en este barrio habanero durante la primera mitad del siglo xx.

La vertiente testimonial más productiva ha sido la de temas político-revolucionarios. Los ejemplos son prácticamente inacabables, y ya hacíamos referencia a este tipo de producción desde los principios mismos del proceso revolucionario. Para retomar el itinerario del Che, tras sus *Pasajes de la guerra revolucionaria* se impone la ineludible mención de su *Diario* durante la gesta boliviana (7 de noviembre de 1966 al 7 de octubre de 1967), publicado en edición masiva a los pocos meses de la caída del héroe.⁷³ Otros textos de participantes en la guerrilla de liberación en suelo de Bolivia son el de Harry Villegas: *Pombo, un hombre de la guerrilla del Che. Diario y testimonios inéditos, 1966-1968*, y el de Leonardo Tamayo: *En la guerrilla junto al Che. Testimonio de Urbano*; entrevista de José Mayo.⁷⁴ Añádase «Nuestra canción de Rolando», último capítulo del libro *El mejor hombre de la guerrilla*,⁷⁵ de Emilio Surí Quesada sobre el capitán San Luis, y tendremos una impresionante tetralogía, con dos héroes caídos en la lucha y dos sobrevivientes. Es de notar la estrecha correspondencia que guardan estos relatos. Consúltese, asimismo, *Che, recuerdos en ráfaga. Anécdotas y otros pasajes*, de Orlando Borrego.⁷⁶

Sobre la personalidad del Héroe de Yaguajay contamos, principalmente, con *Hablar de Camilo*, de Guillermo Cabrera, y *Camilo, señor de la vanguardia* (1979), detalladísima exposición de la vida y luchas del inolvidable guerrillero en montes y llanos, obra exhaustiva y capital debida a William Gálvez.⁷⁷

De 1979 data también *Recuerdos del Moncada*, en cuyas páginas Mario Lazo Pérez plasma su actuación el 26

de julio de 1953, su repliegue a las montañas y posterior cambio de personalidad como clandestino. Año jugoso este de 1979 que ve aparecer, de Larry Morales, *El jefe del pelotón suicida*, multitestimonio de apreciable ritmo interno y grata lectura, sobre la actividad guerrillera de Roberto Rodríguez (El Vaquerito), caído durante la batalla de Santa Clara.⁷⁸

Otro importante documento testimonial lo proporciona Efigenio Ameijeiras en *Más allá de nosotros*,⁷⁹ con el relato de sus acciones como oficial de la guerrilla serrana en el II Frente Oriental. Es de notar la técnica «Rashomón» aquí utilizada, a cuyo efecto el autor, ante una situación por describir, recurre a otros testimoniantes para abarcar la escena desde diversos ángulos.

En 1985 aparece publicada una larga y sustanciada entrevista a Haydée Santamaría: *Haydée habla del Moncada*, que se había efectuado en los años 60. Y, en 1988, *Con los pobres de la tierra*, de Ángel Luis Beltrán Calunga, recopilación de artículos periodísticos sobre «la odisea vivida por Fidel y los demás asaltantes que permanecieron en las montañas después de la acción del Moncada». De igual tema, el periodista Lázaro Barredo publica *Mi prisionero Fidel* (1986), entrevista al teniente Pedro Sarría, quien con tanto pundonor se había ocupado del arresto reglamentario de Fidel y de otros asaltantes, a seguidas de la acción contra el Moncada. Y con prólogo de Carlos Aldana, ve la luz en 1992 *Rebelde. Testimonio de un combatiente*, de Fernando Vecino Alegret, relato de factura sencilla y amena en estilo de diario de campaña, con momentos de hondo dolor como el de la muerte del querido comandante Daniel.⁸⁰

Y cómo no recordar la serie televisiva basada en *Descamisado*,⁸¹ las andanzas del pequeño guerrillero de catorce años que se alza en la Sierra junto con su hermano. La obra de Enrique Acevedo, llevada en formato de diario, se presenta como un delicioso relato de amplias repercusiones artísticas, muestra de que las cosas más serias pueden ser dichas con el encanto de un buen relato de aventuras; sin olvidar el colosal empeño del comandante Juan Almeida, único escritor salido de las filas rebeldes en hacer una verdadera saga de la lucha contra la dictadura batistiana. Pensemos en su monumental colección *Presidio, Exilio, Desembarco* (recopilada luego en *¡Atención! ¡Recuento!*), a la que siguen *La Sierra, Por las faldas del Turquino, La Sierra Maestra y más allá*, para concluir en *La aurora de los héroes: empeño balzaciano que constituye un tour de force dentro de las letras cubanas*.⁸² Entre Almeida y Acevedo viajamos de la monumentalidad a la gracia de lo cotidiano. En mi criterio, dos símbolos (junto a *Más allá de nosotros*, de Ameijeiras), del testimonio militar.

Y para saldar tres décadas del género en Cuba, pasemos lista, entre otros títulos, a *Los subversivos*, de Antonio Carso, sobre el origen y desarrollo de las

guerrillas urbanas en Brasil de 1968 a 1970; *Aquí se habla de combatientes y bandidos*, de Raúl González de Cascorro; *Un nuevo día*, de Julio Travieso; *El caballo de Mayaguana*, de Osvaldo Navarro; *El Dorado*, de Orestes Adán; *Cincopicos*, de Froilán Escobar y Félix Guerra; *En el nombre de Dios*, de Amir Valle; *Lucha contra piratas*, de Alberto Ferrera; *Monseñor Romero: pieza para un retrato*, de María López Vigil, obra de sólida estructura y poderoso imán para el lector, pieza brillante en el género; *El hombre de la pipa*, de Alexis García Artilles; *Artillero de cola*, de Ramón Espinosa; *Tiro de gracia*, de Lázaro D. Navarro; y *Los disidentes. Agentes de la Seguridad Cubana revelan la historia real*, de Rosa Miriam Elizalde y Luis Báez.⁸³ Resulta imprescindible acotar la trayectoria periodística de Báez, con unas ocho obras escritas, de jaez testimonial, entre las que también podemos mencionar *Memoria inédita. Conversaciones con Juan Marinello*.⁸⁴

Sobre la batalla de Playa Girón, recomendamos el ya mencionado *Girón en la memoria*, de Víctor Casaus, y *Niños héroes de Playa Girón*, de José Mayo. Sobre la vida y actividad revolucionaria de Frank País, *Testimonios sobre Frank*, de Daisy Rubiera y Miguel Sierra; *Trazos para el perfil de un combatiente*, de Caridad Miranda, y *Frank, entre el sol y la montaña*, de William Gálvez. Sobre Abel Santamaría, en particular, *El que debe vivir*, de Marta Rojas, autora de otros notables testimonios. Sobre «la vida breve, sencilla, hermosa, pura y grande de Rogelio Perea Sánchez», véase *Rogito*, de Dolores Nieves. De Enrique Oltuski, *Gente del llano* y *Pescando recuerdos*, evocaciones de su militancia en la clandestinidad.⁸⁵

Interés particular despiertan las obras escritas por militares que pertenecían al régimen dictatorial de Batista y tuvieron la entereza de pasarse a las filas de la Revolución. Entre ellos, dos autores de recia fibra testimonial: Álvaro Prendes, quien escribiera *En el punto rojo de mi kolimador*, *Prólogo para una batalla*. *Crónicas de un aviador*, y otros testimonios e incluso poemarios; y José Quevedo Pérez, a quien debemos *La batalla de El Jigüe*, *Madrugada infernal*, *Oficial de academia* —donde narra, de pasada, cómo conoció a Elizabeth Taylor en una academia militar norteamericana— y otros trabajos de indudable interés.⁸⁶

Para cerrar este apartado, la recordada Conchita Fernández, quien le contó su vida al periodista, investigador y diplomático Pedro Prada. De aquellos encuentros, nos llega *La secretaria de la República*,⁸⁷ interesantísimo relato y anecdótico de quien fuera secretaria de Fernando Ortiz, de Eduardo Chibás y de Fidel Castro.

En fecha más reciente, han aparecido dentro de Literatura de Campaña, los dos tomos de *Diario y correspondencia de Francisco Vicente Aguilera en la emigración (Estados Unidos), 1872*; dentro del testimonio

memorialista, *Yo Publio. Confesiones de Raúl Martínez*, el famoso pintor, iniciador en Cuba del pop art; y las memorias del General de división Pedro García Peláez, bajo el título *Ni gallego, ni asturiano... cubano y rebelde*, en las que cuenta su niñez y adolescencia en la campiña asturiana, bajo las bombas, y su regreso a Cuba, donde había nacido. En la segunda parte narra su incorporación a la lucha clandestina y en la Sierra Maestra, para, tras la victoria del Primero de enero, acompañar a Fidel, en calidad de escolta, en las primeras misiones de la Cuba revolucionaria.

No faltan tampoco excelentes, buenos y hasta aceptables relatos sobre figuras del arte y los deportes. De los trajines del circo «de mala muerte» nos llegó, en 1972, *Muy buenas noches, señoras y señores*, de Rigoberto Cruz Díaz —conocido también por otros textos del género—, quien alcanzó mención Casa de las Américas con esta obra. El periodista Víctor Joaquín Ortega publicó, en 1986, *El látigo del jab sobre los rostros*, que subtítulo novela-testimonio, y donde dio a conocer facetas de la vida de un famoso púgil. El sector artístico nos ha traído *La radio en Cuba*, de Oscar Luis López; *Mi vida al desnudo*, contada por quien la vivió: ese derroche de simpatía que fue Enrique Núñez Rodríguez; *La vida de un comediante*, de Enrique Arredondo; *La Orquesta Aragón*, de Gaspar Marrero; *El juego de mi vida. Vicente Renuelta en escena*, de Esther Suárez Durán; *Amadeo Roldán. Testimonios*, de María Antonieta Henríquez y José Piñeiro; *Rosita Fornés*, por Evelio Mora, y *Sindo Garay: memoria de un trovador*, de Carmela de León; sin olvidar *El señor pelotero. 50 testimonios*, de Juan A. Martínez de Osaba, entre otros.⁸⁸

El exilio también ha tenido sus voces —no pocas, por cierto—, entre ellas la de Marta A. González con *Bajo palabra (Parolee)*; Edith Reinoso con *Testimonio de una emigrada*; el Grupo Areíto, con Lourdes Casal a la cabeza, en *Contra viento y marea*; *De la patria y el exilio*, bajo la tutela de Jesús Díaz, el realizador de *55 hermanos*; *Excluíbles*, de Enrique González Sarasa; *Me fui por el Mariel*, de Galo A. Carvajal, y *Ellas hablan de la Isla*, recopilación de Vitalina Alfonso con voces de personalidades literarias cubano-norteamericanas y puertorriqueñas.⁸⁹

Aunque pueden parecer muchos, no están aquí todos los textos testimoniales que he consultado, y muchísimo menos todos los publicados. Creo haber hecho un aceptable repaso de la proyección de este género desde sus comienzos hasta época reciente. Lo más difícil ha sido unificar un criterio —que a algunos les parecerá como una gran cesta sin fondo— a partir de materiales de diversa índole formal. Pero, en otra dirección, la diversidad formal no ha sido impedimento para aceptar un término unificador como el de «novela», en el que hoy se incluye —desde *Dafnis y Chloé* hasta la *Route des Flandes*, de Claude Simon— una variedad asombrosa

de opciones y creaciones. Aún más, el testimonio (o los contenidos que hoy entendemos bajo esa denominación) procede desde casi la llamada noche de los tiempos, sin que formalmente se hubiera y definido por entonces como un espacio literario unificado. Basta repasar las *Historias* de Herodoto (el padre de la Historia) para darnos cuenta de que mucho antes del surgimiento de la novela, la narración testimonial era ya una fuente para la vida misma y para la historia. De ahí, en parte, su procedencia. Pero lo más llamativo del testimonio, para nuestros tiempos, es que su factura no tiene necesariamente una base «excepcional» como la que alimenta los géneros literarios tradicionales, sino que proviene de la vida de todos los días. Hacer de estas realidades un hecho estético, concedérselo, ha sido un logro lentamente alcanzado, por fin, en fechas más recientes; o, si se quiere, el proceso de concentrar bajo una misma denominación textos de escritores consagrados «que hacen» testimonio, con textos de no-escritores o de personas incluso analfabetas.

El proceso político-cultural de la Revolución cubana aunó factores dispersos y condicionó de este modo un campo unificado de la creación literaria como puede serlo el testimonio; y, a su vez, una intelectualidad vigorosa y renovadora, salida de sus filas, los captó y supo canalizarlos en la consecución de ese objetivo: me refiero a la unión de factores objetivos y subjetivos que ampliaron sustancialmente la diversidad literaria, en cuya base tuvo un papel determinante la ampliación de los medios editoriales y de impresión en el país.

No podemos cerrar estas líneas sin reconocer la contribución cubana a la ampliación y diversificación de la cultura literaria en su fusión con la ciencia social, resultado de un nuevo sentido dado a la sociedad y a su cultura; en suma, un nuevo sentido dado a la vida y un paso adelante —por qué no— en materia de civilización.

Notas

1. Lino Novás Calvo, «Carta a José Antonio Portuondo» (26 de febrero de 1947), en Cira Romero, comp., *Laberinto de fuego*, Ediciones La Memoria, La Habana, 2009, p. 117.
2. Gaïbrois Ballesteros, *Las crónicas. Exemplario de... La novedad indiana*, Alhambra, Madrid, 1987. (El subrayado es nuestro.)
3. Fray Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.
4. Ángel Augier, *Reencuentro y reafirmación del poeta José M^a Heredia*, Imp. Molina, La Habana 1940.
5. Véase Ana Cairo, *Heredia entre cubanos y españoles*, Oriente, Santiago de Cuba, 2003.
6. Condesa de Merlin, *Mis doce primeros años*, Letras Cubanas, La Habana, 1984; *Viaje a La Habana*, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, Madrid, 1844.

7. Juan Francisco Manzano, *Autobiografía, cartas y versos*, Municipio de La Habana, 1937.
8. Abdeslam Azougarh, *Miguel Barnet: rescate e invención de la memoria*, Slatkine, Ginebra, 1996.
9. Cirilo Villaverde, *Excursión a Vueltabajo*, Letras Cubanas, La Habana, 1981.
10. Cirilo Villaverde, *Diario de un rancheador*, Letras Cubanas, La Habana, 1982.
11. Gabino la Rosa y Mirta González, *Cazadores de esclavos. Diarios*, Fundación Fernando Ortíz, La Habana, 2004.
12. Anselmo Suárez y Romero, «Prólogo», en Ramón de Palma, *Obras*, Imp. del Tiempo, La Habana, 1861.
13. Ambrosio Fornet, *En blanco y negro*, Instituto del Libro, La Habana, 1967.
14. Diana Iznaga, *Presencia del testimonio en la literatura sobre las guerras por la independencia nacional (1868-1898)*, Letras Cubanas, La Habana, 1989.
15. José Martí, *El presidio político en Cuba*, Imprenta Úcar García y Cía., La Habana, 1944.
16. Enrique Collazo, *Desde Yara hasta el Zanjón*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
17. Julio Le Riverend, «Prólogo», en Enrique Collazo, ob. cit. (Subrayado nuestro).
18. Fernando Figueredo, *La revolución de Yara*, Instituto del Libro, La Habana, 1969.
19. Ramón Roa, *Pluma y machete*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
20. James J. O'Kelly, *La tierra del mambí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
21. Bernabé Boza, *Mi diario de la guerra. Desde Baire hasta la intervención americana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001; José Miró Argenter, *Crónicas de la guerra*, Letras Cubanas, La Habana, 1981 [1945]; José Oller Aragay, *Diario de campaña de un catalán mambí*, Ayuntamiento de Molins de Rei, Molins de Rei, 1999; Horacio Ferrer, *Con el rifle al hombro*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.
22. José Martí, *De Montecristi a Cabo Haitiano, Obras Completas*, t. 27, Ed. Nacional de Cuba, La Habana, 1965, pp. 183-212; *Diario de campaña: de Cabo Haitiano a Dos Ríos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
23. Ezequiel Martínez Estrada, *Martí revolucionario*, La Habana, Casa de las Américas, La Habana, 1967.
24. Máximo Gómez, *El viejo Eduá*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1965.
25. Manuel de la Cruz, *Episodios de la revolución cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
26. José I. Herrera, *Impresiones de la Guerra de Independencia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005 [1948].
27. Raimundo Cabrera, *Mis buenos tiempos (Memorias de un estudiante)*, Imprenta de A. Álvarez y Cía. La Habana, 1891.
28. Dolores M^a de Ximeno y Cruz, *Memorias de Lola María*, Letras Cubanas, La Habana, 1983.

29. Ambrosio Fornet, «Prólogo», en Dolores M^a de Ximeno y Cruz, ob. cit.
30. Carlos Loveira, *De los 26 a los 35: lecciones de la experiencia en la lucha obrera, 1908-1917*, The Law Reporter Printing Co., Washington, DC, 1917.
31. Ana Cairo, *La Revolución del 30 en la narrativa y el testimonio cubanos*, Letras Cubanas, La Habana, 1993.
32. Ibídem, p. 162.
33. Pablo de la Torriente Brau, *Presidio Modelo*, Ediciones La Memoria, La Habana, 2000; *Realengo 18*, Capitolio Nacional, La Habana, 1961; *Cartas y crónicas de España*, Ediciones La Memoria, La Habana, 1999.
34. Pablo de la Torriente Brau, «Prólogo», *Presidio Modelo*, ob. cit.
35. Raúl Roa, «Presidio Modelo», *La Revolución del 30 se fue a bolina*, Instituto del Libro, La Habana, 1969; «Una semilla en un surco de fuego», prólogo a Rubén Martínez Villena, *La pupila insomne*, Ed. La Tertulia, La Habana, 1936.
36. Emilio Laurent, *De oficial a revolucionario*, Imprenta Úcar García y Cía., La Habana, 1941.
37. Loló de la Torriente, *Testimonio desde dentro*, Letras Cubanas, La Habana, 1985 [*Mi casa en la tierra*, 1956]; Dulce María Loynaz, *Un verano en Tenerife*, Letras Cubanas, La Habana, 1994 [1958].
38. Onelio Jorge Cardoso, *Gente de pueblo*, Universidad Central de Las Villas, La Habana, 1962.
39. Waldo Medina, *Cosas de ayer que sirven para hoy*, Ediciones Unión, La Habana, 1978.
40. Onelio Jorge Cardoso, *Gente de un nuevo pueblo*, Ediciones Unión, La Habana, 1981.
41. Marcelo Pogolotti, *Del barro y las voces*, Ediciones Unión, La Habana, 1968; Dulce María Loynaz, *Fe de vida*, Letras Cubanas, La Habana, 2000 [1995].
42. Miguel Barnet, «La novela testimonio: socioliteratura», *La fuente viva*, Letras Cubanas, La Habana, 1983.
43. Miguel Barnet, «Introducción», *Biografía de un cimarrón*, Instituto de Etnología y Folklore, La Habana, 1966.
44. Faure Chomón, *El asalto al Palacio Presidencial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969.
45. Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Ediciones Unión, La Habana, 1963. Existen tres ediciones posteriores, aumentadas y anotadas: de 1997 y dos en 2000, con fotos y mapas.
46. Ibídem, pp. 5-6.
47. Carlos Franqui, *El libro de los 12*, Instituto del Libro, La Habana, 1967.
48. Aida García Alonso, *Manuela la mexicana*, Casa de las Américas, La Habana, 1968.
49. Rodolfo Walsh, *Crónicas de Cuba*, Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1969. (Subrayado nuestro.)
50. Jorge Calderón, *Amparo: millo y azucena*, Casa de las Américas, La Habana, 1970; Víctor Casaus, *Girón en la memoria*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
51. Francisco García Moreira, *Tiempo muerto. Memorias de un trabajador azucarero*, Instituto del Libro, La Habana, 1969; Erasmo Dumpierre, *Julián Sánchez cuenta su vida*, Instituto del Libro, La Habana, 1970; Nancy Morejón y Carmen Goncè, *Lengua de Pájaro, comentarios reales*, Oriente, Santiago de Cuba, 2002 [1971].
52. Roberto Branly, *MINAZ-608: coloquios en el despegue*, Ediciones Unión, La Habana, 1973.
53. Reynaldo González, *La fiesta de los tiburones*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
54. Ídem.
55. Ana Núñez Machín, *Memoria amarga del azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1981; Gaspar J. García Galló, *General de las cañas*, Editora Política, La Habana, 1983.
56. Calixta Guiteras, *Los peligros del alma. Visión del mundo de un tzotzil*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972. [*Perils of the Soul. The Worldview of a Tzotzil Indian*, 1961].
57. Enrique Cirules *Conversación con el último norteamericano*, AL, 1973; Antonio Núñez Jiménez, *La abuela*, Ed. Campadónico, Lima, 1973; Tomás Fernández Robaina, *Historias secretas de mujeres públicas*, Letras Cubanas, La Habana, 1998; Ana Vera, *Raíz familiar*, Letras Cubanas, La Habana, 1996; Daisy Rubiera, *Reyita, sencillamente*, Ediciones Unión, La Habana, 1997; Isidoro Díaz Vidal, *Testimonio de un jockey*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1999; José Barreiro, *Panchito, cacique de montaña. Testimonio guajiro-taino de Francisco Ramírez Rojas*, Ediciones Catedral, Santiago de Cuba, 2001; Benita Eiko Sha Sashida, *Shamisén*, Ediciones El Abra, Isla de la Juventud, 2002.
58. Andrés D. García Suárez, *Los fundidores relatan su historia*, DOR, La Habana, 1975; Francisco García Alfonso, *Memorias de un pescador*, Letras Cubanas, La Habana, 1989; Mario Martín Manduca, *El camino de un hombre*, Editora Política, La Habana, 1990.
59. Julio Martínez Páez, *Un médico en la Sierra*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1990; Alipio Rodríguez Rivera, *En el hocico del caimán. Recuerdos del Servicio Médico Rural*, Ediciones Unión, La Habana, 2007.
60. Laurette Séjourné y Tatiana Coll, *La mujer cubana en el quehacer de la historia, Siglo XXI*, México, DF, 1980.
61. Dulcila Cañizares, *San Isidro, 1910. Alberto Yarini y su época*, Letras Cubanas, La Habana, 2000.
62. Renée Méndez Capote, *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*, Editora Política, La Habana, 1990.
63. Marjorie Moore y Adrienne Hunter, *Siete mujeres y la Revolución cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.
64. Guillermo Cabrera, *Protagonistas del Realengo*, Instituto del Libro, La Habana, 1972; Ángel A. Moreno, *Testimonios de la ciénaga*, Editora Política, La Habana, 1985.
65. Guillermo Cabrera, ob. cit. (Subrayado nuestro).
66. Ángel A. Moreno, ob. cit.
67. Rolando Pérez Betancourt, *4 historias de pueblo*, Universidad de La Habana, La Habana, 1976.
68. Antonio Núñez Jiménez, *El pueblo cuenta su historia*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1980.
69. Aurelio Francos Lauredo, *La memoria compartida. Asturianos en Cuba. Testimonios orales: del Viejo al Nuevo Mundo, de inicios a fines de siglo*, Azucel, Avilés, s/f; *Las voces de la memoria. Madrileños en Cuba*, Consejería de Educación, Madrid, 2000.
70. Aurelio Francos Lauredo, *Carta de Chamada. Testimonio de María Cándida dos Santos, última emigrante portuguesa en Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2000.

71. Zoe y Ruth de la Torriente, *Pablo: la infancia, los recuerdos*, Ediciones La Memoria, La Habana, 2000; Josefina Diego, *El reino del abuelo*, Ediciones del Equilibrista, México, DF, 1993; Iván Colás, *¡De película!*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993; Soleida Ríos, *Libro de los sueños*, Letras Cubanas, La Habana, 1999.
72. Ana Vera y Flavio González Mariño, *Voces de La Habana Vieja*, inédito.
73. Ernesto Che Guevara, *Diario del Che en Bolivia*, Instituto del Libro, La Habana, 1968.
74. Harry Villegas, *Pombo, un hombre de la guerrilla del Che. Diario y testimonio inéditos, 1966-1968*, Editora Política, La Habana, 1997; José Mayo, *En la guerrilla junto al Che. Testimonio de Urbano*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 2002.
75. Emilio Surí Quesada, *El mejor hombre de la guerrilla*, Letras Cubanas, La Habana, 1980.
76. Orlando Borrego, *Che, recuerdos en ráfagas: anécdotas y otros pasajes*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
77. Guillermo Cabrera, *Hablar de Camilo*, Instituto del Libro, La Habana, La Habana, 1970; William Gálvez, *Camilo, señor de la vanguardia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979.
78. Mario Pérez Lazo, *Recuerdos del Moncada*, Editora Política, La Habana, 1987; Larry Morales, *El jefe del pelotón suicida*, Editora Abril, La Habana, 2002 [1979].
79. Efigenio Amejeiras, *Mas allá de nosotros*, Oriente, Santiago de Cuba, 1984.
80. Haydeé Santamaría, *Haydeé habla del Moncada*, Casa de las Américas, La Habana, 1985; Ángel Luis Beltrán Calunga, *Con los pobres de la tierra*, Oriente, Santiago de Cuba, 1988; Lázaro Barredo, *Mi prisionero Fidel*, Editorial Pablo de la Torriente, La Habana, 1986; Fernando Vecino Alegret, *Rebelde. Testimonio de un combatiente*, Editora Política, La Habana, 1992.
81. Enrique Acevedo, *Descamisado*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
82. Juan Almeida Bosque, *¡Atención! ¡Recuento! Presidio, exilio, desembarco; La Sierra; Por las faldas del Turquino; La Sierra Maestra y más allá; y La aurora de los héroes* (todos Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2002).
83. Antonio Carso, *Los subversivos*, Casa de las Américas, La Habana, 1973; Raúl González de Cascorro, *Aquí se habla de combatientes y bandidos*, Casa de las Américas, La Habana, 1975; Julio Travieso, *Un nuevo día*, Letras Cubanas, La Habana, 1984; Osvaldo Navarro, *El caballo de Mayaguara*, Letras Cubanas, La Habana, 1984; Orestes Adán, *El Dorado*, Letras Cubanas, La Habana, La Habana, 1986; Froilán Escobar y Félix Guerra, *Cincopicos*, Editora Abril, La Habana, 1988; Amir Valle, *En el nombre de Dios*, Ediciones Unión, La Habana, 1990; Alberto Ferrera, *Lucha contra piratas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980; María López Vigil, *Monseñor Romero: piezas para un retrato*, Editorial Caminos, La Habana, 2002; Alexis García Artilles, *El hombre de la pipa*, Ediciones Capiro, 2001; Oscar Ojeda, *Artillero de cola*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2001; Lázaro D. Najarro, *Tiro de gracia*, Ácana, Camagüey, 2003; y Rosa Miriam Elizalde y Luis Báez, *«Los disidentes». Agentes de la Seguridad cubana revelan la historia real*, Editora Política, La Habana, 2003.
84. Luis Báez, *Memoria inédita. Conversaciones con Juan Marinello*, SIMAR, La Habana, 1995.
85. José Mayo, *Niños héroes de Playa Girón*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1983; Daisy Rubiera y Miguel Sierra, *Testimonios sobre Frank*, Oriente, Santiago de Cuba, 1978; Caridad Miranda, *Trazos para el perfil de un combatiente*, Oriente, Santiago de Cuba, 1983; William Gálvez, *Frank, entre el sol y la montaña*, Ediciones Unión, La Habana, 1991; Marta Rojas, *El que debe vivir*, Casa de las Américas, La Habana, 1978; Dolores Nieves, *Rogito*, Editora Política, La Habana, 1981; Enrique Oltuski, *Gente del llano*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2005 [2001] y *Pescando recuerdos*, Editora Abril, La Habana, 2004.
86. Álvaro Prendes, *En el punto rojo de mi kolimador*, Arte y Literatura, La Habana, 1974; *Prólogo para una batalla. (Crónicas de un aviador)*, Letras Cubanas, La Habana, 1988; José Quevedo Pérez, *La batalla de El Jigüe*, Arte y Literatura, La Habana, 1976; *Madrugada infernal*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2000; *Oficial de academia*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2001.
87. Pedro Prada, *La secretaria de la República*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
88. Rigoberto Cruz Díaz, *Muy buenas noches, señoras y señores*, Casa de las Américas, La Habana, 1972; Víctor Joaquín Ortega, *El látigo del jab sobre los rostros*, Editora Abril, La Habana, 1986; Oscar Luis López, *La radio en Cuba*, Letras Cubanas, La Habana, 2002; Enrique Núñez Rodríguez, *Mi vida al desnudo*, Ediciones Unión, La Habana, 2000; Enrique Arredondo, *La vida de un comediante*, Letras Cubanas, La Habana, 1981; Gaspar Marrero, *La Orquesta Aragón*, Editorial José Martí, La Habana, 2001; Esther Suárez Durán, *El juego de mi vida. Vicente Revuelta en escena*, Centro Juan Marinello, La Habana, 2001; María Antonieta Henríquez y José Piñero, *Amadeo Roldán. Testimonios*, Letras Cubanas, La Habana, 2001; Evelio Mora, *Rosita Fornés*, Letras Cubanas, La Habana, 2001; Carmela de León, *Sindo Garay: memoria de un trovador*, Oriente, Santiago de Cuba, 2002; Juan A. Martínez de Osaba, *El señor pelotero. 50 testimonios*, Ediciones Loynaz, Pinar del Río, 1999, entre otros.
89. Marta A. González, *Bajo palabra (Parolee)*, Ediciones Venceremos, La Habana, 1965; Edith Reinoso, *Testimonio de una emigrada*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974; Lourdes Casal *et al.*, *Contra viento y marea*, Casa de las Américas, La Habana, 1978; Jesús Díaz, *De la patria y el exilio*, Ediciones Unión, La Habana, 1979; Enrique González Sarasa, *Excluíbles*, Editora Abril, La Habana, 1996; Galo A. Carvajal, *Me fui por el Mariel*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 2000; Vitalina Alfonso, *Ellas hablan de la Isla*, Ediciones Unión, La Habana, La Habana, 2002.